

¿Hacia dónde?

Luis Rubio

Tres años de un gobierno con claridad de propósito pero sin más proyecto que el de imponerlo dogmáticamente, a rajatabla y sin miramiento. Las circunstancias van cambiando pero el presidente persiste en su camino, sin preocuparse por las consecuencias. ¿No era eso lo que el propio presidente y sus seguidores les reclamaban a los tecnócratas: que querían ajustar la realidad a sus teorías? A tres años de iniciado el gobierno, ya es posible vislumbrar lo que sigue y no es atractivo. Como escribió Thomas Sowell, “los daños a una sociedad pueden ser mortales sin ser inmediatos”.

Los daños son palpables. En un sentido inmediato, cuando se comparan las cifras de 2021 con las de 2018 (para evitar el año de la pandemia) se puede observar la gravedad de lo que estamos viviendo: comparado con 2018, el ingreso de los hogares disminuyó en 5.8%, mientras que la economía (PIB) se encuentra 4% abajo en el primer trimestre de este año. El daño es enorme y comenzó con la decisión de suspender el nuevo aeropuerto. En un mundo en que la información fluye instantáneamente, cada acción (y hasta declaración) de un gobernante tiene consecuencias y, para México, esas acciones han sido todas perniciosas para el crecimiento de la economía y, por lo tanto, para el logro de los objetivos que el presidente se propuso en términos de crecimiento, desigualdad y pobreza. Lo único que ha atenuado la caída ha sido el crecimiento en las remesas, producto de las enormes transferencias que el gobierno americano ha venido realizando con motivo de la pandemia a toda su población.

Los daños en el terreno político institucional son también palpables, pero estos son, en buena medida, resultado de la estrategia de confrontación que ha sido característica del presidente. Convencido de que su camino es el único que vale, el presidente no ha visto necesario (o útil) negociar con los integrantes de partidos de la oposición o de otros actores sociales. Aunque de vez en cuando reconoce públicamente las carencias que ha provocado su estrategia (como cuando habló de la seguridad como el mayor reto del país o en su encuentro con empresarios para promover la inversión privada), la línea general de su gobierno no ha cambiado ni en una coma.

El presidente no reconoce que es imposible aislar un fenómeno del conjunto y que, en esta era, todo afecta a todo lo demás, lo que implica que debe haber plena congruencia entre el discurso gubernamental y su actuar cotidiano. El efecto de que no exista coherencia es que todo siga paralizado, con los consecuentes daños tanto económicos como políticos y sociales. Muchos, sobre todo los creyentes acrílicos del presidente, podrán pensar que se

trata de costos menores en el camino a la redención o que hay factores (como la pandemia) que han impedido el cambio profundo que prometía la 4T, pero nadie puede evitar ver el deterioro que se va acumulando. Como dice Sowell, el daño puede ser mortal aunque no se perciba en lo inmediato.

La pregunta clave es cómo lidiar con las consecuencias de este periodo de deterioro sistemático, claramente autoinfligido. La ciudadanía ganó libertades efectivas, especialmente en materia de expresión, cuando se dio la alternancia de partidos en el gobierno en 2000, mismas que ahora se han venido mermando por la intimidación que, desde el púlpito presidencial, se propicia día a día. Desde luego, muchas de esas libertades son un tanto abstractas para familias que viven al día y que requieren satisfactores indispensables. A esto se suma la ubicuidad de la información, que genera expectativas imposibles de ser satisfechas, máxime cuando se exige satisfacción instantánea. ¿Qué ocurrirá cuando las expectativas alimentadas por el presidente hacia esa (todavía enorme) población resulten insatisfechas?

El presidente ha lanzado una campaña para “recuperar” a las clases medias urbanas (a las mismas que tilda de ignorantes) sin reconocer que el fenómeno no se puede resolver con sus tácticas clientelares favoritas. Dado que su objetivo es la subordinación de todos los sectores de la sociedad, le es imposible recurrir a los mecanismos que serían susceptibles de efectivamente “recuperar” a esos sectores de la sociedad.

La contradicción, y paradoja, es flagrante: quien se asume como de clase media ha logrado una estabilidad económica mínima que le permite no depender del gobierno, razón por la cual tratar de conquistarla con dádivas clientelares resulta contraproducente. Lo que realmente atraería a ese segmento social sería un entorno real de seguridad, mejores servicios públicos y de salud, escuelas que permitan la movilidad social y acción efectiva en materia de corrupción. Al presidente le puede parecer muy atractivo atacar presidentes de hace cuatro décadas, pero la mayoría de los ciudadanos, por edad, no tiene más memoria que la del predecesor al que el presidente protege. Las contradicciones no dejan de ser emblemáticas.

Tres años dedicados a intentar recrear un obsoleto e irreproducible sistema de control social y político. Tres años de deterioro sistemático y tres más que vienen adelante: el daño será incommensurable. Es posible, aunque no certero, que el presidente evite una crisis financiera, pero no el resultado de un sexenio de daños potencialmente mortales.

@lrubiof

Imágenes del retorno a clases

Manuel Gil Antón

I. Un grupo de 8 niños, en fila, siguen a su maestra. Van a buena distancia por el sendero de la escuela y con cubrebocas. Les dice: miren, este es el salón de música, y el árbol que está junto a la barda lo plantó mi papá; sí, el también fue profesor. Miran con atención: es la primera vez que están ahí. Pregunto, ¿en qué grado van? La maestra dice: son de segundo (de primaria), y le sonríen los ojos. La pandemia los tuvo en clases a distancia todo el ciclo pasado y así cursaron el primero. Los veo, continua, y se miran por primera vez: no conocían las instalaciones. ¿Usted es el director; pregunta una niña? No, no más estoy aquí de paso. ¿Les gusta su escuela? Sí, dicen casi a coro. ¿Y qué les ha gustado más? Pues el patio, señor. Están estrenando el aire, pienso.

II. Me asomo a un salón. El profesor pregunta: ¿qué aprendieron en estos meses que estuvieron en su casa? Un niño levanta: yo aprendí a hacer arroz, maestro. Me enseñó mi abuelita. Otro, desde atrás, exclama: ¡ni que fueras niña! ¿Qué le hace que no? interviene una chiquilla. El profe pregunta: ¿A poco solo pueden saber cocinar las niñas? Y se arma la conversación: No, argumenta un chavo: yo le ayudé a mi mamá en el puesto de las quesadillas y me divertí mucho. Pues yo acompañé a mi papá a la carpintería, y ni le hace que sea niña: le supe a clavar los clavos y a llijar. El maestro observa y me ve y con sus ojos me hace un gesto de: mire que suave.

III. A la entrada del colegio, Martha recibe a las criaturas. De tres a cinco años (es preescolar), y aunque tienen tapabocas no es posible evitar que se le acerquen y le den un abrazo. De repente, uno empieza a llorar; porque no quiere quedarse; como si fuera epidemia, el llanto se contagia y hasta quienes ya estaban en el patio regresan a la entrada sollozando. Martha se ríe y consuela. Un rato después, en la primera pausa, me comenta: mira —señala al salón—: un niño está acurrucado sin moverse en una esquina, está muy asustado. Y otra pequeña llegó tartamudeando. Su mamá me dijo que antes de la

Acá hay muchas madres que se tienen que ir a la maquila, y con las escuelas cerradas no tenían con quién dejar a sus hijos. A veces podían con una vecina, o con alguna tía, pero no siempre: y dejaban la puerta cerrada.

pandemia hablaba de corridito. Ha estado muy duro. Juegan a los encantados.

IV. En lo que va de la pandemia, han tenido que recoger los servicios de atención a la infancia a más de mil doscientos niñas y niños que estaban abandonados en sus casas, o se habían salido a la calle y lloraban extraviado el camino. Acá hay muchas madres que se tienen que ir a la maquila, y con las escuelas cerradas no tenían con quién dejar a sus hijos. A veces podían con una vecina, o con alguna tía, pero no siempre: y dejaban la puerta cerrada. Una tarde empezó un incendio en una casa, y los vecinos tuvieron que romper la ventana para sacar a una niña de cuatro años que cuidaba a su hermana de casi dos. Tienen que ir a la chamba para poder comer.

V. Si no abrimos la escuela, Manuel, nos echamos encima a las familias pues ya les urge. Le entramos a limpiar, a cortar el zacate, a limpiar los baños en serio. Maestras, maestros y sobre todo las mamás. La SEP mandó dos botellas de cloro de a litro, y unos galones pequeños con gel. Hora sí que la escuela es nuestra: ¿Te imaginas el gasto en escobas, jergas, jabón y hasta aceite para las bisagras? Y todo por coperacha.

VI. Tengo mucho miedo, dicen que sí se mueren. Ya no puedo más, de veras. Mi marido no se para de la computadora porque le quitan el empleo, y yo soy maestra improvisada además de atender al puesto de jugos y gelatinas con que completamos el gasto. Casi no duermo, pero tengo miedo, no se me quita. ¿Qué hago?

Correo: mgil@colmex.mx

¿Nos es connatural la guerra?

Enrique Krauze

En el mundo actual no ha cesado de haber guerras tradicionales y guerras de nuevo cuño: cibernéticas, mediáticas. De ahí que me interesara conversar con la eminente historiadora Margaret MacMillan en torno a su libro más reciente: La guerra. Cómo nos han marcado los conflictos (Turner, 2021). La charla ocurrió en el marco del Hay Festival que se desarrolla en estos días en la ciudad de Querétaro, y puede consultarse en su página web.

Página tras página, a propósito de los distintos aspectos de la guerra (ya sea sus motivos, escenarios, tecnologías, finanzas, estrategias o el acto mismo de pelear, la psicología del guerrero, el sufrimiento del ciudadano no combatiente, los intentos de justificar o controlar la guerra o el reflejo que deja en la imaginación o la memoria de los pueblos) el lector de MacMillan viaja de ida y vuelta a Troya, las Guerras Médicas, las del Peloponeso, las Púnicas, las cruzadas, las guerras del medioevo y el Renacimiento, las guerras religiosas del siglo XVII, la Revolución francesa y sus sucedáneas en los siglos XIX y XX, las guerras nacionales, la guerra civil americana y española, la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la de Corea y Vietnam, la de los Balcanes y Afganistán.

MacMillan es la gran especialista en la Primera Guerra Mundial y no resistí preguntarle cómo fue posible que estallara en plena Belle Époque, cuando nada ni nadie la anticipaba. Con sabiduría y humildad confesó que tras escribir 1914 y 1919 -sus libros canónicos- sigue sin entenderlo plenamente, pero no tenía duda de sus gigantescas repercusiones en el estallido de la siguiente, porque permitió la aparición del líder providencial que no sólo prometía vengar las afrentas de Alemania, sino conducirla al dominio universal. El asunto nos llevó al papel del líder en la historia, sobre el cual el libro contiene una cita notable de Napoleón: “Estaba lleno de sueños [...] Me veía fundando una religión, marchando hacia Asia, montando un elefante, llevando un turbante en la cabeza, y portado en la mano un nuevo Corán, que habría sido redactado de acuerdo a mis necesidades”. “En su persecución de la gloria -dice MacMillan-, Napoleón puso a Europa de cabeza y destruyó cientos de miles de vidas”.

“¿No le parece a usted -le pregunté- que el hechizo que el líder ejerce sobre su

pueblo ha sido un motivo central en el estallido de las guerras?”. MacMillan estuvo de acuerdo, y recordó la teoría sobre la dominación carismática que Max Weber discursó justamente en 1919, vislumbrando con asombrosa claridad el horror que vendría.

¿Somos hobbesianos o rousseauianos?, se pregunta MacMillan. Estamos programados para la guerra o somos buenos por naturaleza. No sin razón, ella se inclina por Hobbes. El descarnado realismo de Hobbes que postulaba la necesidad de un Estado fuerte que evitara “la guerra de todos contra todos” ha esquivado más el dolor humano que la utopía rousseauiana y sus avatares que en su ensueño idealista han sembrado de cadáveres la historia. Pero entre Hobbes y Rousseau traje a cuento dos pilares del pensamiento universal: Baruch Spinoza e Immanuel Kant.

Más allá de creer, ambos, en el fin de las guerras y la paz como estabilidad, incluso perpetua, en el caso de Kant, tuvieron la lucidez y el rigor para construir una visión pacífica de la historia sin negar, ni sacralizar, las pasiones humanas. En efecto, siempre seremos capaces de crueldad y cobardía, delirios, odios, miedos... pero nos es posible construir instituciones que nos impidan recurrir a nuestras pasiones y nos obliguen a la razón.

Ambos, Spinoza y Kant, advierten un mismo requerimiento -no único pero indispensable- para la paz. Kant lo enuncia de modo conciso: “La constitución política debe ser, en todo Estado, republicana” (Hacia la paz perpetua, México, FCE-UAM-UNAM, 2018, p. 11); Spinoza dedujo lo mismo desde dos fuentes: la razón y la historia bíblica: “Antes de los reyes, en efecto, pasaron muchas veces cuarenta años y en una ocasión (nadie podría imaginarlo) ochenta años, sin ninguna guerra interna ni externa. En cambio, una vez que los reyes consiguieron el poder, como ya no había que luchar, como antes, por la paz y la libertad sino por la gloria [...] con la única excepción de Salomón [...] todos hicieron la guerra” (Tratado teológico-político, XVIII, 224, Madrid, Alianza, 2019, pp. 472-3).

Las pasiones nos son connaturales, pero no la guerra. La guerra la atizan los líderes carismáticos y los poderosos que persiguen la gloria.

www.enriquekrauze.com.mx

Discriminación por edad y género

Arnoldo Kraus

No debería ser así pero así es: hay una relación directamente proporcional entre discriminación, edad y sexo femenino. Y tampoco debería suceder pero sucede: hay una relación directamente proporcional entre ser mujer, tener más años, y ser víctima de maltrato y violencia, física y verbal. Trilogía propia del paleolítico; trilogía viva avanzado el siglo XXI.

La ONU y grupos afines se desgastan buscando cómo paliar incontables cánceres generados por la condición humana. De ahí los días, los años, “Año Internacional de la Mujer”, “Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres”, diseñados para disminuir los daños contra el sexo femenino. Debido al divorcio entre el incremento en las expectativas de vida y la mala calidad de ésta para millones de personas, la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró 2020-2030 la Década del Envejecimiento Saludable.

Para cumplir dicho propósito, los expertos sugieren trabajar en cuatro áreas. Cito: 1) Cambiar la forma en que pensamos, sentimos y actuamos hacia la edad y el envejecimiento. 2) Asegurar que las comunidades fomenten las capacidades de las personas mayores. 3) Ofrecer atención integrada centrada en la persona y servicios de salud primaria que respondan a las personas mayores. 4) Brindar acceso a la atención a largo plazo para las personas mayores que la necesitan.

Las Naciones Unidas intentan cumplir: a grandes problemas, grandes iniciativas. La década recién empieza. El escepticismo y la falta de credibilidad son viejos. Aguardar es necesario; buenos deseos versus cruda realidad. La discriminación por edad y contra el sexo femenino no ha disminuido. Si tomamos en cuenta las admoniciones pasadas y el conocimiento acumulado, es lícito afirmar que la situación en la sociedad para mujeres mayores de edad es mala.

La discriminación por razones de edad se cebó, sobre todo, contra las mujeres. Dicho fenómeno daña su salud y las excluye, en mayor o menor grado, de la sociedad; las mujeres se tornan invisibles y son denostadas y excluidas, incluso en cuestiones de salud. La violencia contra las mujeres es endémica. El im-

La ONU y grupos afines se desgastan buscando cómo paliar incontables cánceres generados por la condición humana. De ahí los días, los años, “Año Internacional de la Mujer”, “Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres”, diseñados para disminuir los daños contra el sexo femenino.

pacto es diferente en jóvenes que en personas mayores; la imposibilidad de remediar las mermas infringidas por la violencia en las segundas las aparca de la sociedad. El incremento en la pobreza, la depresión y la minusvalía son aves de mal agüero. El edadismo impacta negativamente en las condiciones de trabajo, en el sueldo de las pensiones (reciben 27% menos que los hombres) y en las ofertas de empleo. Agrego: durante la pandemia actual han muerto más mujeres octogenarias que hombres.

Tedros Ghebreyesus. Director General de la Organización Mundial de la Salud, señaló: “La violencia contra la mujer es endémica en todos los países y culturas. Es dañina para millones de mujeres y para sus familiares y se ha visto exacerbada por la pandemia de Covid-19. Sin embargo, no disponemos de vacunas para ponerle freno y solo podremos hacerle frente si los gobiernos, las comunidades y las personas adoptan medidas y las integran plenamente con el fin de cambiar actitudes perjudiciales, mejorar el acceso a las oportunidades y los servicios para las mujeres y las niñas y fomentar las relaciones saludables y de respeto mutuo”.

Aunque pareciese no guardar relación, concluyo con la observación siguiente: solo un 6% de países tienen a una mujer como jefa de Estado y apenas un 7% presiden un Gobierno. Modificar la realidad es imprescindible. Fomentar las cuatro áreas para cumplir con las metas de la Década del Envejecimiento Saludable es necesario.